

# ESTRATEGIAS INTELECTIVAS EN HISTORIA: CAUSAS VS. RAZONES. EL CASO DE LA ESCUELA DE EDIMBURGO

GUSTAVO L. MARQUÉS

## I

La crisis de los grandes sistemas interpretativos ha conducido a numerosos historiadores a refugiarse en el estudio de casos.<sup>1</sup> Este proyecto no es malo en sí mismo y puede resultar estimulante y clarificador en tanto no se olvide que uno de los objetivos prioritarios del historiar es, o debiera ser, entender y que todo trabajo puntual debería procurar aportar al esfuerzo intelectual común. Aunque el historiador se resista a aceptarlo, esta tarea resulta imposible en ausencia de algún marco intelectual o modelo analítico. Sin duda es necesario replantear todo el problema en términos más modestos y manejables, pero no parece admisible resignar el objetivo mismo. Si éste es el caso, la discusión en curso acerca del problema de la racionalidad pasa a primer plano. ¿Qué tipo de conceptos o marco conceptual nos permitirá comprender y razonar del modo más adecuado el curso histórico? Dada la magnitud de la tarea, no pretendo brindar respuestas generales y concluyentes. Más bien centraré mis argumentaciones en una disputa sumamente específica que tiene lugar en el contexto de la historia de la ciencia entre dos estrategias intelectivas contrastantes: la racionalista y la de la causación social. Su examen me parece importante porque mucho de lo que aquí se discute puede ser aplicado con provecho al marco más amplio de la historia de las ideas (sean o no científicas) y porque a pesar de sus limitaciones, en momentos en que soplan vientos de fragmentación total de la historia, ambas corrientes aportan un marco para el análisis, aunque sin duda criticable y perfectible.

## II

Comenzaré describiendo las ideas centrales que caracterizan al modelo racionalista de explicación histórica. Del mismo modo que en las ciencias particulares, existen diversas líneas de investigación en el terreno de la metodología. Una de ellas conforma el programa de investigación epistemo-

<sup>1</sup> Véase E. J. Míguez, "La investigación histórica hoy: recuperando lo pequeño", donde destaca la importancia de una historiografía abocada a "la historia de lo pequeño, la microhistoria" (*Revista de Historia*, Universidad Nacional del Comahue, N° 1, diciembre de 1990, p. 7).

lógico que ha sido denominado *demarcacionista*<sup>2</sup> y que se plantea como tarea central de evaluación de las teorías científicas, lo cual supone elaborar dos tipos de criterios:

- a) demarcación entre ciencia y no ciencia;
- b) selección entre las hipótesis o teorías científicas.

Estos criterios no se diseñan en el aire, sino que cuentan con un sustento intuitivo previo acerca de qué es una disciplina *científica* y qué es una *buena* teoría científica. En consecuencia, cada metodología procura que sus criterios funcionen adecuadamente con respecto a las intuiciones anteriores, es decir, que califiquen de científicas a las disciplinas aceptables de antemano y que sean consistentes con las preferencias existentes previamente en "estado bruto".

Todo historiador, mal que le pese, presupone alguna metodología. Debe comportarse selectivamente con respecto al conjunto de acontecimientos, en principio infinitos, que pueblan su dominio de discurso. El historiador de la ciencia se ocupa de aquellas actividades que merecen ser designadas como científicas (para lo cual es necesario contar con alguna noción previa de "ciencia") y necesita imperiosamente criterios que le permitan discriminar entre los acontecimientos significativos y dignos de mención y los que no lo son. Diversas presuposiciones metodológicas arrojarán como resultado diferentes racontos históricos.

Invirtiendo el planteo anterior se ve inmediatamente que cualquier metodología (demarcacionista) puede ser usada para escribir *una* historia de la ciencia y, si se asume que de algún modo es posible distinguir el discurso de su objeto de estudio, ésta puede ser confrontada con la historia "real" de la disciplina. Como resultado de esta comparación ciertos episodios de esta última se mostrarán compatibles con los criterios privilegiados por la metodología y ciertos otros no. Semejante operación permite efectuar lo que se ha denominado una *reconstrucción racional* de la historia de la ciencia, que consiste básicamente en la sucesión y encadenamiento de sus episodios racionales y la exclusión de los eventos que no se ajustan a sus pautas. Esta reconstrucción constituye la *historia interna*, en la cual todo episodio puede ser explicado de manera racional (como un caso de aplicación de aquellas pautas que la metodología de turno identifica como racionales). Como se anticipó, siempre surgen acontecimientos que no es posible mostrar como adecuados a los criterios seleccionados. Para dar cuenta de estos casos, que en los marcos de la metodología específica constituyen

<sup>2</sup> I. Lakatos, "El problema de la evaluación de teorías científicas: tres planteamientos", en Lakatos I: *Matemáticas, ciencia y epistemología*, Madrid, 1981.

momentos de irracionalidad, es necesario escribir *otra* historia, que usualmente es denominada *externa* y que consiste en la puesta en juego de factores de tipo social o psicológico. Esto puede restituir “racionalidad” al acontecimiento, pero una racionalidad que es de un carácter completamente diferente al anterior que está enteramente definido por la adecuación a los criterios definidos internamente en la metodología. Por este motivo es preferible decir que la entrada en juego de factores externos brinda *inteligibilidad* al episodio: permite comprender (al historiador y su público) por qué el actor no se ha comportado racionalmente (es decir, no se ha ajustado a las pautas de racionalidad privilegiadas por la metodología en uso).

Como se advierte inmediatamente, bajo todo proyecto de historia interna o lectura internista de la historia de la ciencia funciona un modelo de decisión racional cuyo alcance trasciende el ámbito de esta disciplina. De hecho ha sido utilizado de manera sistemática en teoría económica. Lo denominaremos *modelo racionalista* de la explicación de la acción. Veamos cómo funciona. Supongamos que deseamos explicar el proceder de un sujeto S. Esquemáticamente, una explicación aceptable para un racionalista procedería así:

a) Dado un cierto contexto C y un determinado objetivo O, se calcula la conducta ideal Y: el curso de acción óptimo (racional) que el agente debería seguir en función de alcanzar el objetivo deseado;

b) se compara la conducta esperada (ideal) con la real.

Según sea el resultado el modelo da lugar a dos tipos de explicación muy diferentes:

1) si existe acuerdo razonable entre la conducta ideal y la real se considera que el agente obró racionalmente. En consecuencia, no se cree necesario ensayar explicaciones ulteriores de su conducta;<sup>3</sup>

2) si el desacuerdo va más allá de lo tolerable es necesario explicar la conducta “desviada” del agente en términos de factores cuya irrupción (presencia) ha perturbado el “normal” proceso de raciocinio.

Este modelo es aplicado a la historia de la ciencia cuando el comportamiento que demanda explicación consiste en la decisión de adoptar, mantener o rechazar una determinada creencia o idea (o, en términos más familiares a la epistemología, una hipótesis o teoría científica). La conducta

<sup>3</sup> Si esto constituye o no una explicación es hasta cierto punto materia de convención en el empleo de los términos. Se puede afirmar sensatamente ya sea que la conducta exitosa no requiere explicación alguna o que el acto racional se explica por sí mismo. En ambos casos la investigación se detiene en la mera constatación del acuerdo entre los comportamientos esperado y efectivo.

“desviada” es, por definición, aquella que resulta incompatible con la estricta aplicación de las pautas privilegiadas por la metodología presupuesta.

Así presentado, el modelo racionalista de explicación de creencias contiene dos componentes básicos: a) una estrategia explicativa; b) una cierta concepción de la racionalidad. Aunque las diferentes versiones del modelo parecen compartir la misma estrategia, se presentan importantes diferencias en la concepción de la racionalidad empleada, lo que autorizaría a distinguir al menos dos tipos de modelo racionalista. Examinaré más detalladamente ambos aspectos.

### III

La racionalidad empleada en el modelo puede funcionar como mero recurso metodológico o asumir el status adicional de tesis fáctica. Aquí nos ocuparemos únicamente del segundo caso.<sup>4</sup> Se trata en realidad de una tesis compleja cuyas características principales son las siguientes:

- 1) afirma la existencia de una cierta racionalidad efectivamente operante en el episodio que demanda explicación;
- 2) es una racionalidad *científica*: además de la lógica standard incluye otras reglas de procedimiento (qué cuenta como evidencia admisible, cómo manipular los desacuerdos entre hipótesis y evidencia, etc.);
- 3) admite casos de comportamiento irracional (lo cual muestra que sus principios no son un mero recurso metodológico).

Es importante distinguir dos versiones de esta tesis, que se distinguen por su interpretación del ítem 1). La primera (versión *fuerte*) está ejemplarmente representada por Imre Lakatos.<sup>5</sup> La variante demarcacionista lakatosiana se diferencia de la empirista y popperiana en que posee una mayor sensibilidad hacia la historia. Lakatos no es un prescriptivista absoluto, como lo fue Popper (al menos en ciertos pasajes bien conocidos). Su intención es ajustarse lo más posible a la historia efectiva y en tal sentido proporciona, al decir de Blaug, una “teoría histórica que permite retrocedir el desarrollo de la ciencia”.<sup>6</sup> Esto genera una tensión ineliminable en su

<sup>4</sup> Para el uso metodológico del principio de racionalidad véase, Popper, K., “La racionalidad y el status del principio de racionalidad”, *Revista de Occidente*, año VI, N° 65 (1968) y M. Hollis, “Razón y ritual”, en: A. Ryan, *La filosofía de la explicación social*, Madrid, 1976.

<sup>5</sup> I. Lakatos, “La falsificación y la metodología de los programas de investigación”, en: I. Lakatos y A. Musgrave (comps.), *La crítica y desarrollo del conocimiento*, Barcelona, 1975.

<sup>6</sup> M. Blaug, “Kuhn versus Lakatos o paradigmas versus programas de investigación en la historia de la economía pura”, *Revista Española de Economía* (enero-abril de 1976).

concepción. De una parte (he aquí el momento "positivo"), considera que esta racionalidad única (actualmente defendible y justificable) se encuentra subyacente y actuante (quizá confusamente) a lo largo de la historia. Pero por otro lado, su vocación prescriptivista lo conduce a pensar el ajuste no en relación con un parámetro que resultaría de la mera descripción de los procedimientos y procesos de raciocinio efectivamente operantes en la práctica científica actual o pasada. Lakatos persigue un objetivo mucho más ambicioso: pretende determinar de un modo completamente independiente y objetivo ciertas pautas de racionalidad que (he aquí el momento normativo) todo hombre racional (y con mayor razón aun el científico) debe respetar. Munido de este "extracto" de racionalidad, el metodólogo lakatosiano se pasea como un agrimensor por la historia real midiendo aproximaciones y "desviaciones". Como admite que los hombres no siempre se comportan racionalmente, el mérito que reivindica para sus criterios es que permiten mostrar como racional a la *mayor parte* de los episodios pertenecientes a la historia de la ciencia. La versión *moderada*, representada en teoría por Ernan McMullin y Andrew Lugg<sup>7</sup> y en la práctica historiográfica por la mayoría de los historiadores, difiere de la primera en que no atribuye a todos los sitios y tiempos una racionalidad construida desde el presente, sino que permite la existencia en diversos lugares y momentos de *ciertas formas específicas de racionalidad*. El historiador debe huir de las presunciones y esquemas *a priori* y esforzarse por descubrir la racionalidad propia del período en el cual se presenta el episodio que requiere explicación. El diferente tratamiento de la racionalidad sugiere la posibilidad de distinguir entre modelos racionalistas fuertes, en que se atribuye autoritariamente una cierta racionalidad, y moderados, en los cuales se procura describir lo que el actor y su época consideraban como racional.

Examinaremos ahora la estrategia explicativa de los modelos racionalistas. Básicamente ésta comprende dos pasos:

1) evaluación preliminar del comportamiento que constituye el episodio (su calificación como aceptable o inaceptable, lo cual se determina atendiendo a su grado de ajuste a los parámetros escogidos);

2) decisión del modo adecuado de explicación (tal decisión depende del resultado de 1).

<sup>7</sup> E. McMullin, "The Rational and the Social in the History of Science", y A. Lugg, "Two Historiographical Strategies: Ideas and Social Conditions in the History of Science". Ambos artículos se encuentran en J. R. Brown (comp.), *Scientific Rationality: The Sociological Turn*, Dordrecht, 1984.

En el caso de observarse una desviación con respecto a la norma el historiador racionalista acordaría en la necesidad de apelar a factores *causales* (externos). En aquellos casos de conducta calificada como *racional* por el modelo, en cambio, su procedimiento típico consiste en la exhibición de *las razones* que tuvo el sujeto para proceder como lo hizo. Ello implica mencionar el punto de partida de su argumento (las premisas) y su curso posterior: las concretas cadenas derivativas empleadas por el actor para arribar a las conclusiones. Esquemáticamente, la explicación racionalista de ¿por qué S sostuvo la creencia c? tendría la siguiente estructura:

- 1) S creía C
- 2) S operaba con las reglas de inferencia R
- 3) De C y R se sigue c
- 4) Por ende, S sostuvo c

Mencionar en el explicans las creencias y las formas de inferencia empleadas por S y mostrar que la aplicación de R a C conduce a la aceptación de c es todo lo que un racionalista consideraría necesario para dar por explicada (en el sentido específico de exhibir su racionalidad) la conducta de S. Toda mención a factores sociales es en este caso ilegítima e innecesaria. A pesar de las diferencias mencionadas en cuanto a la concepción de la racionalidad, todo enfoque racionalista asigna un rol secundario a la utilización de factores sociales en el explicans. Estos intervienen sólo en ciertos casos y siempre en segunda instancia: una vez que se ha constatado que el comportamiento del agente no se ajusta a las normas de racionalidad (atribuida o propia) supuestamente operantes. Como se advierte inmediatamente, hay aquí latentes dos temas cruciales: el rol que desempeñan los factores sociales (o la sociología) en la explicación del tipo de episodios que nos ocupa y la pertinencia de explicarlos aludiendo exclusivamente a razones. Estos dos temas se hallan en el centro de la crítica que dirige la Escuela a toda variante racionalista.

#### IV

Enumeraré ahora, en su forma más abstracta y, por ende, más controvertible, las tesis de la Escuela de Edimburgo que apuntan contra la estrategia explicativa racionalista:<sup>8</sup>

<sup>8</sup> B. Barnes, y D. Bloor, "Relativism, Rationalism and the Sociology of Knowledge", en M. Hollis, y S. Lukes (comps.), *Rationality and Relativism*, Oxford, 1982. Véase también D. Bloor, "The Strengths of the Strong Programme", *The Philosophy of the Social Sciences*, vol. II (1981).

a) el proceder científico no comienza (no debe comenzar) evaluando aquello que debe ser explicado;

b) hay una única estrategia explicativa válida para cualquier creencia. Las ciencias físicas explican tanto el buen como el mal funcionamiento de una máquina y además ambos casos no son explicados apelando a cuerpos de leyes diferentes: las mismas leyes sirven para explicar una y otra situación una vez especificadas las circunstancias concomitantes.

(a) y (b) constituyen el núcleo de lo que denominan “tesis de simetría”, presupuesta en la siguiente fortísima afirmación, a la que denominaremos su tesis central:

*Tesis central:* en ningún caso es satisfactoria la explicación en base a *razones* (la explicación reside siempre en la mención de *causas*, en particular de *factores sociales*).

Como era de esperar, esta postura ha encontrado fortísima oposición tanto entre epistemólogos como entre historiadores de la ciencia. Vale la pena destacar tres de los argumentos esgrimidos contra ella.

1) A (b) se puede oponer un fuerte argumento, en principio extremadamente seductor a los oídos del historiador: decidir cuál es el tipo de factores intelectivos que pueden ser empleados en la clarificación de diferentes casos es una cuestión completamente empírica, y que no puede (no debe) ser resuelta a priori. Precisamente, en la selección de los factores que resultan relevantes en la ocasión particular es donde se revela y ejerce el olfato, el talento y la sensibilidad del historiador.

2) En un artículo reposado y escrito en tono conciliador, que proporciona una buena dosis de claridad a la polémica, Gary Gutting hace hincapié en la distinción establecida más arriba entre modelo fuerte y moderado.<sup>9</sup> La apelación a razones en un argumento explicativo, señala el autor, puede tener carácter *descriptivo* o *normativo*. En el primer caso el historiador que explica la conducta de S se limita a mencionar el tipo de procedimientos discursivos efectivamente empleados por éste y considerados por el propio actor como las razones de su conducta. En el segundo caso el historiador no se limita a mencionar las premisas y procedimientos inferenciales empleados en el episodio, sino que los halla *justificables*, adhiere a dichas razones y endorsa dichos razonamientos. Es más, otorga a dichos argumentos el status de *razones* precisamente porque las halla justificables. En este segundo uso, las razones que se aducen para la explicación de un episodio histórico revelan las preferencias del historiador. Según el autor la tesis de simetría obliga a los edimburguistas a rechazar únicamen-

<sup>9</sup> G. Gutting, “The Strong Programme: A Dialogue”, en J. R. Brown (comp.), *op. cit.*

el empleo normativo, pero no el descriptivo, de razones en el explicans. Cuando aquéllos recusan la mención de razones *per se* en el explicans revelan la carencia de una distinción adecuada entre estos dos tipos de explicación. Si Gary Gutting estuviera en lo cierto la tesis central de la Escuela debería ser reformulada de manera drástica y el contenido resultante quizá no resultara tan amenazador ni provocativo.

3) Aunque los edimburguistas tienen razón en reivindicar un rol más destacado para los factores sociales, el punto es trivial porque ello (una vez privado de la desmesurada pretensión de monopolizar todo el ámbito de la explicación histórica) no ha sido negado por ningún historiador de la ciencia digno de ese nombre. Resulta perfectamente posible incorporar la exigencia de los edimburguistas en el marco conceptual de una explicación racionalista. Ello se logra concediendo a los sociólogos que el punto de partida del razonamiento científico (las premisas) puede hallarse influido por factores sociales en el sentido preciso de que la diferente posición geográfica e institucional de diversos grupos influye sobre su acceso a cuerpos diferentes de información sobre los que construyen sus argumentos y basan sus conclusiones. De este modo sigue valiendo que los diferentes grupos proceden diferencialmente porque poseen *razones diferentes* para hacerlo (aunque puede explicarse causalmente la posesión de las razones invocadas).<sup>10</sup>

## V

Explicaré ahora lo que me parece constituye el contenido de mayor interés y profundidad de la tesis central de la Escuela y evaluaré en qué medida le alcanzan los reparos recién mencionados. Un ejemplo ayudará a clarificar su propuesta.<sup>11</sup>

Según Merton el movimiento puritano de la Inglaterra del siglo XVII alentó el desarrollo de la ciencia experimental. ¿Qué constituiría una explicación aceptable de la preocupación puritana por la ciencia? Típicamente, el historiador racionalista procuraría descubrir las razones que tuvo este grupo para interesarse en el desarrollo de la investigación científica. Intentaría mostrar que los principios teológicos sustentados por ellos proporcionaban razones para (es decir, implicaban) semejante actitud. Tal estrategia es, según Bloor, errónea. El primer paso en la dirección de construir una explicación aceptable consiste en contextualizar el problema

<sup>10</sup> Véase A. Lugg, *op. cit.*

<sup>11</sup> D. Bloor, "The Sociology of Reasons: Or Why 'Epistemic Factors' are Really 'Social Factors'", en J. R. Brown (comp.), *op. cit.*

y restituirle su complejidad. Ello implica mostrar al movimiento puritano no como algo monolítico y homogéneo, sino como constituido básicamente por un ala radical y un ala moderada, entre las que se verifican profundos desencuentros. La evidencia disponible acerca de la postura de ambas fracciones muestra que la conexión entre principios teológicos y actitud hacia la ciencia fue *exactamente la opuesta* de lo que sugeriría un análisis abstracto a priori. El ala radical enfatizaba la inmediatez con Dios y un racionalista encontraría perfectamente comprensible que la creencia en la inmanencia de Dios condujera de un modo casi natural al “estudio cercano y reverente de la naturaleza”. Sin embargo, “fue el ala moderada la que defendió el método experimental y elaboró la filosofía corpuscular de la naturaleza”.

¿Cómo explicar, entonces, la actitud diferencial e intuitivamente paradójica de ambos grupos hacia la ciencia? Ello se logra, sostiene Bloor, trascendiendo el mero análisis de los discursos invocados por unos y otros y mostrando que el conjunto de argumentos defendidos por ambos bandos responde a sus posiciones relativas en el seno del movimiento (sus cuotas respectivas de poder) y a sus intereses específicos.

“La doctrina de la inmanencia fue el vehículo con que una de las sectas justificó sus exigencias políticas radicales de autonomía, igualdad e individualismo. Si Dios es inmediatamente reconocido en la revelación y debido a su luz propia, no hacen falta los curas y ¿por qué razón tratan otros de ejercer autoridad sobre nosotros? Los moderados, alarmados por la conducta de la secta, buscaron medios para repudiar su política. Ello generó (de ambas partes) actividad intelectual e ideológica. Las políticas rivales fueron justificadas mediante cosmologías rivales diseñadas para satisfacer las demandas específicas de la ocasión”.<sup>12</sup>

Desde esta óptica la defensa de la inmanencia proporcionaba una herramienta intelectual para luchar contra una jerarquización del movimiento que les resultaba adversa. Quienes defendían la inmanencia no lo hacían en mérito a supuestas virtudes intrínsecas del principio, sino por una rigurosa contabilidad de los réditos políticos que arrojaba. La actitud diferencial hacia la investigación científica y, en general, la disputa acerca de los métodos para obtener conocimiento no es más que un aspecto de esta puja política de fondo. Los radicales, preocupados por restar poder a la jerarquía que les era hostil, sostenían la tesis de que el juicio personal resultaba un medio idóneo para la obtención de conocimiento. Para conservar el control (el monopolio de la capacidad de discernir entre lo que es

<sup>12</sup> D. Bloor, *op. cit.*

correcto e incorrecto) y contrarrestar esta “movida” los moderados enfatizaban la disciplina colectiva de la investigación empírica y el método experimental.

En suma, los distintos grupos hicieron un uso selectivo y creativo de su patrimonio cultural específico. Los principios en que se basaba cada grupo no pueden ser considerados como un mero dato ni su contenido y significación como algo intrínsecamente dado. Los intereses de cada sector y el contexto en que se procuraba su realización explican la atención preferencial prestada por unos y otros a principios como “Dios es el alma del mundo” y “Dios es el Señor de la Creación” y la significación que les fue otorgada. Del mismo modo, el nexo concreto establecido por cada grupo entre los principios sustentados y la ciencia no consistió en un mero ejercicio lógico regido cabalmente por a-problemáticas reglas de derivación, sino que fue activamente construido, inventado *ex profeso* para la ocasión. Precisamente, señala Bloor, “el objetivo del sociólogo de la ciencia es mostrar cómo esas implicaciones son creadas y sustentadas, o desafiadas y transformadas”. El desplazamiento desde las razones que los científicos aducen a los intereses que efectivamente los motivan abre el campo a la explicación sociológica. Estos intereses recién se vuelven comprensibles y explicables cuando se atiende a la sociología “interna” (formas de entrenamiento de la comunidad científica, convenciones acerca del uso de ciertos términos, etc.) y “externa” (circunstancias históricas precisas en que las premisas son usadas de la manera en que son usadas).

## VI

Ha llegado el momento de efectuar una evaluación de la estrategia explicativa de la Escuela.

1) Las tesis defendidas se enmarcan en el vasto movimiento de vuelta a primer plano del enfoque pragmático, postergado largamente por la metodología tradicional que en su análisis de la explicación favorecía los aspectos sintácticos y semánticos. Por ello la Escuela presenta una cierta afinidad con las posturas retoricistas que han levantado vuelo últimamente, en particular en referencia a la economía,<sup>13</sup> y según la cual el discurso científico desempeñaría una función básicamente persuasiva y directiva. En la versión edimburguesa el científico escoge sus argumentos no por la bondad de los mismos, sino por que le resultan funcionales a los efectos de lo-

<sup>13</sup> Véase D. McCloskey, “Thick and Thin Methodologies in the History of Economic Thought” y A. Klammer, “Economics as Discourse”. Ambos en Neil De Marchi (comp.), *The Popperian Legacy in Economics*, Cambridge University Press, 1988.

grar ciertos objetivos en una situación determinada. Primero se especifica qué es lo que se desea (conviene) obtener y en una segunda etapa se buscan (o crean) los argumentos que permitan alcanzar el objetivo seleccionado. No se invocan tales argumentos porque efectivamente se crea en ellos; se los trae a colación únicamente porque son convenientes. Si el objetivo cambiara, se expondrían con igual énfasis y encendida convicción argumentos incompatibles con los sostenidos anteriormente.

Esta interpretación tiene también implicaciones inmediatas sobre la identificación del referente de los discursos científicos. Aunque aparentemente se discute acerca de estados de cosas objetivos, la intención real es derimir cuestiones de poder. Por detrás de la presunta referencia a entidades teológicas, físicas, etc., de lo que en verdad se habla es de las aspiraciones e intereses de las partes. La confrontación entre teorías no sería más que el vehículo elegido por los sectores en conflicto para dirimir sus controversias siempre concretas y terrenales acerca de posiciones de poder.

No resulta difícil entender los motivos del revuelo provocado por una concepción que priva al científico de ese hábito de decencia e imparcialidad que lo distinguía del hombre práctico, más preocupado por manipular la realidad de una cierta manera conveniente que por conocerla tal como es. Es una descripción que cualquiera aceptaría para dar cuenta de la conducta del comerciante o del político medio pero que es profundamente resistida cuando se la quiere extender a aquellos episodios que nuestra cultura ha privilegiado como casos paradigmáticos de racionalidad. Sin duda, no puede descartarse que en alguna medida mientras discuten acerca de problemas pertenecientes a sus áreas de interés, los científicos también saldan viejas y nuevas cuentas con sus oponentes circunstanciales, muchas de las cuales puede que no tengan nada que ver con los intereses puramente científicos. Pero parece tratarse más bien de una cuestión de grado, lo cual indica que en ciertas ocasiones la incidencia de este factor podría ser de escasa monta o sencillamente despreciable. El punto decisivo es, pues, cuán extrapolable es esta estrategia explicativa.

Se ha objetado, con razón, que la muestra de racontos históricos sobre la que se basan es demasiado especial como para permitir una proyección a toda la historia de la ciencia.<sup>14</sup> Esto significa que la evidencia disponible no da sustento a la pretensión de que todo episodio de la historia de la ciencia es explicable de una manera satisfactoria mediante el empleo del modelo de interés. ¿Se sigue de aquí que la pretensión es falsa? ¿Es posi-

<sup>14</sup> Véase E. McMullin, *op. cit.*

ble proporcionar una prueba semejante? Parece tratarse más bien de lo que en términos popperianos llamaríamos una tesis infalsable. Una explicación racionalista exitosa de un evento no constituye una prueba de la inexistencia de cualquier explicación alternativa que sea construible en base al modelo de interés y que satisfaga ciertos standards de adecuación.

Bien entendida, la pretensión edimburguista de que este esquema analítico puede ser extendido exitosamente a todas las áreas no es más que una hipótesis de trabajo que proporciona un poderoso recurso heurístico. Aunque el "modelo de interés" no parece plausible en sus pretensiones de generalidad, no veo por qué deba prohibirse que se trabaje con él y se procure mostrar su adecuación a casos particulares. En otras palabras, debe ser tratado como un *modelo analítico*, no como una ley. Usado de este modo puede ayudar a iluminar aspectos de ciertos episodios de la historia de la ciencia que pasarían inadvertidos en ausencia de una herramienta conceptual semejante.

2) El planteo resulta también interesante porque en su remisión a factores sociales apela a distinciones más finas y menos abstractas que la mera alusión a "lo social", "lo nacional" o a cualquier otra característica aglutinante que se halla más allá y por encima de grupos identificables en función de sus intereses y reivindicaciones concretas. Al mismo tiempo, da una visión más dinámica del uso que hacen los actores sociales del conjunto de conocimientos disponibles. En primer lugar, proporciona material para elaborar una concepción no logicista y, más en general, no reglada de racionalidad. Las cadenas derivativas que "conducen" (véase aquí la acción de los significados actuantes en el lenguaje) de premisas a conclusión no son una mera aplicación de reglas (lógicas o de cualquier otra especie) previamente asumidas (o internalizadas). Configuran un auténtico proceso de construcción de carácter altamente creativo. Como las implicaciones que alberga cada premisa son potencialmente infinitas, es atendiendo a las posibilidades que les brinda el contexto y a sus objetivos específicos que los diferentes individuos o grupos "extraen" (nueva trampa del lenguaje) y elaboran algunas de estas implicaciones (en tanto "dejan en el olvido" otras consecuencias en principio obtenibles). En segundo lugar, el énfasis puesto en la acción e iniciativa del actor histórico permite superar o, al menos, complementar ese modo de historiar que acentúa las limitaciones que el contexto impone a individuos y grupos.

Nuevamente, aunque la idea es interesante, la dificultad con esta propuesta se halla en el radicalismo de sus pretensiones. Se afirma que en principio, el grado de libertad de que dispone el sujeto, sea para interpretar las premisas de su argumento como para concluir a partir de ellas, es

ilimitado: siempre, asegura Bloor, es posible mostrar que una acción es compatible con una regla cualquiera (dado un número suficiente de mediaciones argumentales). Me inclino a pensar que ello no es así, sobre todo en los contextos "calientes" de los cuales la Escuela extrae sus ejemplos favoritos.

Dos individuos o sectas luchando por el poder vía discusión científica o teológica se dirigen a una comunidad más amplia (de la cual "emana" el poder en disputa). Ello impone automáticamente restricciones a las significaciones asignables a las premisas y conclusiones. No se trata de que no resulte posible hallar alguna razón que permita compatibilizar un acto cualquiera con una regla dada, sino que esa razón debe ser creíble (hallada justificable) por la audiencia ante la cual (y para la cual) se desarrolla el debate y cuya adhesión se procura. En este sentido, las significaciones son manipulables (aspecto activo del sujeto histórico) pero no con la impunidad absoluta que se pretende: cada contexto argumental impone limitaciones que no pueden ser superadas meramente en base a ingenio. El argumento de Bloor roza peligrosamente el voluntarismo.

Lo dicho anteriormente revela otra debilidad del planteo de la Escuela que se relaciona con su empleo de la dicotomía "explicación mediante causas-explicación mediante razones" y su rechazo total de esta última estrategia. El discurso, las significaciones y las cadenas derivativas empleadas deben resultar compatibles con ciertos aspectos esenciales de la racionalidad propia de su audiencia. Ello parece ser un requisito necesario para el buen desempeño retórico. Pero en este caso, parece difícil escapar a la necesidad de introducir en la explicación la consideración de una racionalidad básica (cuyo ejercicio y control se halla en manos de la audiencia) en relación con la cual resultaría explicable el desempeño de los oponentes. Ello sugiere que las diferencias entre el modelo de interés y la variante racionalista moderada quizá no sean tan abismales y que en alguna medida la apariencia de que lo son pudiera ser el fruto de la altisonante retórica empleada por ambas partes.

3) Salta a la vista, después de lo expuesto, el alcance limitado de la tesis de simetría: aunque sostiene que siempre debe apelarse a un mismo tipo de factores explicativos, no cae en la ingenuidad de disponer de una respuesta ya lista para cualquier situación que pudiera presentarse. En particular, no afirma que todos los relatos deban ser descriptivamente idénticos, lo cual sería absurdo. Lo que se decide de antemano no es la explicación de un evento sino la estrategia general para construir una explicación adecuada del mismo. Esto permite evaluar mejor la acusación de apriorismo especulativo que ha sido enrostrada a la Escuela. Precisamente, en la

reconstrucción de detalle del caso particular queda espacio para la investigación empírica concreta: descubrir los cambios específicos operados en la significación de los términos, los móviles sectoriales ocultos que explican estos cambios, los procesos de racionalización y estrategias argumentativas inventadas para lograr imponer la propia propuesta, etc. Esta tarea no se resuelve mediante la mera aplicación de esquemas apriorísticos, sino que requiere del talento, olfato y sensibilidad del historiador.

En este contexto el punto decisivo es si es excluible en principio (es decir, a priori) la estrategia racionalista en cualquiera de sus dos variantes. Recordemos que los representantes más prominentes de la Escuela no se limitan a sostener que *hay casos* en la historia de la ciencia que configuran “contraejemplos” para la estrategia de explicar mediante razones (es decir, que existe ya disponible una explicación vía modelo de interés que es superior a las racionalistas usuales). Tampoco sostienen que una respuesta semejante es *a veces* (o *siempre*) inadecuada, en el sentido débil de que una respuesta completamente satisfactoria requeriría tomar en consideración determinados factores sociales que habrían sido injustificadamente excluidos. Sostienen algo mucho más fuerte: tal línea argumental es esencial e irreparablemente errónea. No se le reconoce capacidad para iluminar siquiera parte del problema. No explica en absoluto.

Creo que esta pretensión es exagerada y que se funda en la no distinción de las dos variantes del modelo racionalista analizadas. Aunque la versión fuerte es insostenible, la moderada posee un doble mérito. En primer lugar, identifica mejor las situaciones en que resulta imprescindible (y atinado) buscar una explicación vía factores sociales. En la versión fuerte la desviación se mide tomando como parámetro la racionalidad privilegiada por la metodología presupuesta. Toda vez que ésta no coincide con la racionalidad específica, la conducta orientada por estos principios es considerada una desviación y requiere, en consecuencia, de una explicación externa. En la versión débil, en cambio, la necesidad de mencionar factores de orden sociológico o psicológico se presenta sólo si el sujeto se desvía de *sus propias* normas de racionalidad (no de las normas defendidas por el historiador internista). Es la inconsistencia entre las pautas aceptadas por el sujeto (merezcan éstas la evaluación que fuere) y su comportamiento lo que requiere una explicación en términos de factores externos.

En segundo lugar es, en principio, perfectamente utilizable. Ello no da carta blanca al historiador para cerrar cualquier investigación aludiendo a las razones aducidas por el agente. Por el contrario, es el análisis concreto de las fuentes disponibles el que permitirá determinar si el factor intelectual clave está dado en esa ocasión por las razones invocadas o por factores

causales de tipo social o de cualquier otro tipo. Si en un caso particular no existieran indicios significativos de que los agentes estuvieran racionalizando sus apetencias, ¿por qué rechazar una explicación en base a la estrategia alternativa? Me parece importante insistir en que una cosa es reivindicar el derecho a aplicar (o procurar hacerlo) la propia estrategia a todos los casos y otra muy distinta (y, a mi juicio, enteramente injustificada) negar ese derecho a la posición contraria.

¿Eluden, por su parte, sus críticos racionalistas el vicio apriorista? Los historiadores racionalistas, que apelan a la distinción interno-externo, no excluyen absolutamente la explicación por medio de causas (factores sociales), pero de todos modos su enfoque resulta inaceptable debido a que presupone que en la historia de la ciencia (o en cualquier actividad calificada como racional) los factores sociales desempeñan, como cuestión *de principio*, un rol subalterno (si predominaran, la historia contada dejaría de ser la historia de la ciencia o de cualquier otra disciplina *racional*). En consecuencia, de una manera completamente a priori los supuestos de fondo del modelo relegan a segundo plano los factores sociales. Cuando éstos desempeñan un rol primordial en algún episodio particular, el racionalista decreta empuñando su metodología prescriptiva que no se trata de un episodio científico (tal vez creímos que lo era, pero ya no es posible calificarlo como tal). Y si se trata de la historia global de una disciplina, claramente (por hipótesis) si es científica las acciones deben estar orientadas por razones (es decir, aquellos argumentos privilegiados por la metodología). El error racionalista reside en que aunque estos factores desempeñen a veces (o frecuentemente) un rol secundario, es una cuestión empírica el decidir cuándo es el caso y cuándo no. En consecuencia, aunque la acusación de apriorismo dirigida a los representantes de la Escuela de Edimburgo es correcta, representa en todo caso un pecado compartido por ambas partes. La única diferencia está en el contenido diferencial de la exigencia.

Quisiera finalizar aludiendo al resultado concreto del esquematismo de ambas partes. La polémica entre racionalistas y edimburguistas se inscribe en el marco más general de la polémica entre el positivismo, que absolutizaba la explicación por medio de causas y despreciaba el rol explicativo de las creencias y opiniones de los propios agentes involucrados, y la reacción antipositivista, paradigmáticamente ejemplificada en las tesis de Peter Winch, que aseguraba que la acción significativa es "captable" únicamente a través del dominio de las reglas que rigen la conducta del actor. Tal dominio no se adquiere vía formulación de regularidades del tipo de las existentes en las ciencias naturales, por lo que Winch negaba la posibilidad de

aplicar los métodos característicos de estas ciencias a las ciencias sociales. Los representantes extremos de ambas estrategias aseguran que existe incompatibilidad entre estos dos marcos conceptuales: la explicación, para ser correcta (científica), debería optar entre descubrir las causas o mencionar las razones del hecho. A esto puede objetarse que todo modelo analítico puede ser empleado como una guía heurística o como un esquema válido a priori. El modelo "clásico" del racionalismo moderado y el modelo de interés pueden ser ambos útiles y reveladores a condición de que se los interprete del primer modo. En caso contrario, el resultado es el empobrecimiento de los recursos intelectivos a disposición del historiador.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

#### ABSTRACT

In this work I examine the position adopted by some of the more representative advocates of the so-called Edimburg's School regarding the strategy of explaining the acts of individuals in history in terms of reasons, offered either by the actors themselves or by the historians. I try to maintain a critical, though not devastating position about the School, defending, instead, the possibility of a fruitful application of this strategy in some occasions.